



I. La sociedad migratoria

El nacimiento del hombre

La separación entre la línea evolutiva del chimpancé, el primate más próximo a nosotros, y la del hombre debió de producirse entre hace cinco y seis millones de años en África, el escenario de la historia del hombre durante varios millones de años: de alguna forma, todos somos descendientes de emigrantes africanos. También en África, hace unos 100.000 años, apareció el hombre moderno, el *Homo sapiens sapiens*, que ya no se distingue de nosotros y es el único que sobrevive en la actualidad. Desde el continente negro, nuestros antepasados emigraron y llegaron en 60.000 o 70.000 años a todos los rincones del planeta; el último de ellos, hace unos 20.000 años, fue América.

Durante muchos miles de años el hombre vivió de la caza y la recolección, hasta que hace unos diez mil se produjo una auténtica revolución en la historia humana: el paso a la producción directa de alimentos. El hombre comenzó a producir su propio alimento cultivando vegetales y criando animales, iniciando la posibilidad de incrementar enormemente el número de individuos que podían vivir en la Tierra. Por tanto, el campesino ya no tiene motivos para limitar el número de sus hijos, como hacía el cazador-recolector; al contrario, al hacerse sedentario y no tener que moverse con sus hijos pequeños a cuestas, ni correr el riesgo de tener demasiados y no poder alimentarlos a todos, le conviene tener muchos para cultivar la tierra. Sin embargo, esta sedentarización no acabó, ni

Esta emigración continúa en busca de nuevas tierras cultivadas hasta este último siglo de la historia del hombre

mucho menos, con las migraciones, ya que si el campesino tenía un número excesivo de hijos, éstos se dirigían a ocupar nuevas tierras. De hecho, al comenzar la revolución agrícola la posibilidad de migración era, ciertamente, ilimitada: existía todo un mundo para colonizar. En realidad, este movimiento de expansión, esta emigración continua, en busca de nuevas tierras de cultivo ha proseguido hasta este último siglo de la historia del hombre.

Durante años se pensó que la expansión de la agricultura se debió a la difusión cultural: se trasladaban las ideas y los objetos manufacturados. Sin embargo, hace tiempo que las investigaciones de Luca Cavalli-Sforza¹ han demostrado la existencia de una difusión de las poblaciones, que implica que la difusión de la agricultura se produjo por la migración de los campesinos, y no de las técnicas de cultivo. Probablemente la invención de la agricultura fue una cuestión de mera necesidad. En las zonas donde se originó, la caza y la recolección ya no debían de ser suficientes para sustentar a la población, debido al empobrecimiento ambiental causado por la presión de una comunidad humana numerosa y a los cambios climáticos de la época. El resultado fue que la nueva forma de obtener alimentos, la agricultura, se expandió por el mundo al ritmo en que se expandieron los agricultores.

En los mapas de los paisajes genéticos se encuentran rastros importantes de numerosas expansiones, hasta llegar a la conclusión de que la historia del hombre moderno, los últimos 100.000 años, está jalonada por continuas migraciones, todas ellas con un rasgo común: una ventaja cultural, transmisible a los descendientes, propicia un aumento de la población suficiente como para desencadenar una emigración sostenida. Así pues, las migraciones son un componente fundamental de la historia del hombre desde que éste salió por primera vez de África hasta hoy.

Las migraciones históricas

Esas continuas migraciones se han realizado bajo diversas formas: nomadismo, trashumancia, peregrinaje, éxodos y traslados forzados, colonizaciones, etc. Ya en la antigüedad, las grandes civilizaciones mediterráneas –Fenicia, Cartago, Grecia y Roma– organizaron flujos migratorios con el fin de exportar el ‘excedente’ social que se acumulaba en sus fronteras interiores como un mecanismo para garantizar el orden político. De hecho, en cada período histórico las migraciones han adoptado formas y funciones diferenciadas; aquí sólo consideraremos las que se han registrado a partir del siglo XVI, desde la constitución de una economía-mundo y del sur-

Las migraciones son un componente fundamental de la historia del hombre desde que éste salió por primera vez de África hasta hoy

1. Este apartado se inspira en el libro de Luca y Francesco Cavalli-Sforza, *¿Quiénes somos? Historia de la diversidad humana*, Crítica, Barcelona, 1994.

gimiento de los Estados-nación en Europa. En ese momento, se produce la construcción social de un nuevo sistema que comenzó a organizar las identidades en función de un concepto de ciudadanía ligado al de nacionalidad y que creó, a su vez, el concepto moderno de extranjero. La expansión del modelo económico naciente en aquella sociedad, el capitalismo, se ha visto acompañado por una movilización sin precedentes de mano de obra, tanto dentro como a través de las fronteras nacionales. Los efectos de este proceso son desiguales y, frecuentemente, contradictorios: por un lado, genocidio, explotación y marginalización; por otro, crecimiento económico, expansión cultural y prosperidad personal².

1492-1945: colonialismo, esclavismo y mercado mundial

La ‘era de los descubrimientos’ supuso el inicio de una importante expansión política, militar y mercantil de las potencias europeas hacia América, Asia y África. Este proceso de colonización, que estuvo acompañado, cuando no basado, en desplazamientos masivos de personas, culminó entre 1850 y 1954, con el establecimiento de un ‘libre mercado’ de mano de obra, que constituyó uno de los elementos clave en la formación del mercado capitalista mundial. Esta etapa fue hegemonizada por los países europeos, a los que se unieron en sus estadios finales las ‘nuevas europas’: Estados Unidos, Canadá, Australia y Argentina, fundamentalmente. Tres corrientes principales pueden apreciarse en los flujos migratorios de este período.

Por una parte, *la población europea desplazada hacia el resto de los continentes* cuya importancia, hasta el siglo XIX, fue mucho menos cuantitativa que cualitativa, debido a los cambios económicos y culturales que introdujeron en las sociedades de destino. Los contingentes más importantes partieron de las sociedades que ostentaban el poder político y el control de las rutas internacionales de navegación –Islas Británicas, la Península Ibérica, los Países Bajos y Francia–, y los destinos principales fueron las colonias de América, Oceanía y África. Estos flujos iniciales establecieron rutas que sirvieron de base para futuras corrientes migratorias. En el siglo XIX se produjo una auténtica explosión: la emigración europea a ultramar de 1800 a 1940 es el desplazamiento poblacional más importante entre todos los movimientos migratorios conocidos. Sólo entre 1846 y 1940 el total de europeos emigrados se estima en 50,5 millones. Los principales flujos se dirigieron hacia América, pero también son relevantes los que tuvieron lugar hacia colonias africanas y asiáticas y en el propio continente europeo.

La emigración europea a ultramar de 1800 a 1940 es el la migración más importante jamás conocida. Sólo entre 1846 y 1940 salieron 50,5 millones de personas de Europa

2. Este apartado resume los primeros capítulos del libro del Colectivo Ioé (Walter Actis, Miguel Ángel de Prada y Carlos Pereda), *Inmigrantes, trabajadores, ciudadanos. Una visión de las migraciones desde España*, Universitat de València, Valencia, 1999.

Un segundo flujo migratorio se produce por el *tráfico de esclavos desde África hacia las nuevas colonias*. La esclavitud tiene una larga existencia en la historia de la humanidad, pero bajo el capitalismo la ‘trata de negros’ se estableció como parte del intercambio mercantil internacional: los barcos salían cargados de mercancías desde los puertos europeos, en África las cambiaban por esclavos, y en América intercambiaban la carga humana por dinero, con el que compraban productos de las plantaciones que llevaban para vender en Europa. En 1770 había en las Américas unos 2,5 millones de esclavos, que producían un tercio del valor del comercio europeo. Hasta la prohibición formal del tráfico, alrededor de 1850, fueron transportados entre 10 y 15 millones de esclavos.

Hasta la prohibición formal del tráfico, alrededor de 1850, fueron transportados entre 10 y 15 millones de esclavos

Finalmente, la migración de *trabajadores asiáticos cuasi siervos* (coolies) *hacia América*. Al prohibirse el tráfico de esclavos, se desarrolló esta nueva modalidad de importación de mano de obra. Las necesidades de trabajadores para la expansión económica de América, basada en la utilización extensiva de mano de obra en plantaciones y minas, fueron satisfechas mediante la contratación masiva de trabajadores, reclutados a veces por la fuerza o el engaño, y obligados a trabajar en condiciones muy severas. La fuente principal de mano de obra se trasladó desde África a Asia –India, China y Japón–. La importancia de estas migraciones laborales está fuera de toda duda: unos autores la evalúan en más de 30 millones de personas; otros estiman que sólo los británicos reclutaron a más de 30 millones de hindúes, que fueron utilizados en cuarenta países por los poderes coloniales más importantes. Esta corriente migratoria dio lugar al progresivo establecimiento de comunidades asiáticas que, más tarde, sirvieron de cabezas de puente para nuevos flujos posteriores.

1945-1973: el auge de la inmigración hacia los países más ricos

El auge económico de posguerra en los países más ricos se sostuvo, en buena parte, por la aportación laboral de inmigrantes extranjeros. En este período las migraciones internacionales se caracterizan por un incremento de volumen y por un cambio de dirección: los desplazamientos de personas siguen a la concentración del capital en los países del centro del sistema mundial, parten desde los países dependientes hacia Europa, América del Norte y, en menor medida, el Cono Sur latinoamericano y Australia. Pueden distinguirse tres modalidades principales, y otras de menor incidencia.

Entre las primeras se encuentra el desplazamiento de *trabajadores de la Europa periférica hasta los países europeos centrales* pro-

movido por los países receptores. En una primera fase se dio preferencia a los trabajadores de países ‘blancos’, aunque posteriormente se recurrió a inmigrantes turcos y magrebíes. Durante este período salieron hacia otros países europeos dos millones de italianos y de españoles, millón y medio de yugoeslavos, más de un millón de turcos, medio millón de griegos y de irlandeses y más de 400.000 finlandeses.

Igualmente, destaca la *migración de trabajadores ex-coloniales hacia las ex-metrópolis*, ya que el mantenimiento de toda clase de vínculos, especialmente económicos, convirtió a las antiguas colonias en reservas ‘naturales’ de mano de obra para los países centrales. Este tipo de migración tuvo particular importancia en el Reino Unido (donde llegaron alrededor de 1,5 millones desde países de la Commonwealth), Francia (que recibió algo más de un millón de inmigrantes procedentes de Argelia, Marruecos, Túnez y los territorios del Caribe) y Holanda (que entre 1945 y 1972 registró la entrada de 300.000 inmigrantes desde Indonesia).

En tercer lugar se acentúan las *migraciones permanentes hacia América del Norte y Australia*. Ante la escasez de blancos europeos, en los años 60 se eliminaron en EE UU, Canadá y Australia las medidas que daban prioridad –exclusividad a veces– a la entrada de europeos, produciéndose un gran crecimiento en la llegada de trabajadores asiáticos y latinoamericanos a los tres países.

Por último, se producen *otros flujos migratorios* de distinto signo.

1) En el siglo XX los desplazamientos de refugiados se vuelven masivos; el primer gran flujo lo constituyeron los europeos desplazados a raíz de la Segunda Guerra Mundial hacia los países europeos neutrales y hacia las Américas. 2) El acceso a la independencia de las colonias se vio acompañado en ocasiones por el desplazamiento de población originaria, o sus descendientes, hacia las antiguas metrópolis, proceso que incluyó a sectores de la población nativa que se habían desempeñado como ‘auxiliares’ de los anteriores, generalmente sirviendo en los ejércitos coloniales. 3) En este período toma cuerpo el flujo de directivos y profesionales por la extensión de las empresas transnacionales. Aunque estas migraciones son, generalmente, temporales y poco numerosas, sus efectos son significativos por las expectativas sociales y comportamientos que inducen en su entorno inmediato. 4) Algunos países pertenecientes a la periferia del sistema global se convierten en receptores de trabajadores extranjeros: el inicio de las economías petroleras del golfo o casos como los de Argentina y Suráfrica.

El auge económico de posguerra en los países ricos se sostuvo, en buena parte, por la aportación laboral de inmigrantes extranjeros

Entre 1850 y 1939 salieron hacia América unos 3,5 millones de españoles, la mitad de ese contingente partió de Galicia

La característica general de este período, a pesar de la diversidad de las tendencias señaladas, es el predominio de las motivaciones económicas por parte de los migrantes, empleadores y gobiernos. La importancia de estos flujos para la expansión de las economías de los lugares de destino fue crucial. Los países que más crecieron durante el período fueron los que más inmigrantes recibieron –Francia, República Federal Alemana, Suiza o Austria–. Además, durante estos años se registró un progresivo incremento de la diversidad de origen, lo que produjo un aumento de las diferencias culturales entre inmigrantes y autóctonos. La incipiente heterogeneidad de las poblaciones inmigrantes, unida a las políticas de los estados receptores, dio origen a la segmentación interna de aquéllas y a procesos de segregación y rechazo por parte de los autóctonos. La estigmatización de los extranjeros se vio favorecida al ocupar, en general, los trabajos peor pagados en la construcción y la industria, y ser sus condiciones de vida –desventajas en vivienda, educación, etc.– peores que las de los nativos.

La emigración española

El año 1492 marca un hito clave en la historia española. Por una parte, culmina el proceso de ‘reconquista’ frente al dominio musulmán. Por otra, comienza un proceso de ‘limpieza étnica’ basado en el elemento de homogeneidad cultural predominante en la época: la adscripción religiosa. En este año se decreta la expulsión de la población española de religión judía (150.000); después se hará lo mismo con la población de religión musulmana (200.000), y por último, se produce el ‘descubrimiento’ de América y el proceso de colonización de los nuevos dominios.

En buena medida, la colonización de América fue reflejo de los criterios de homogeneidad cultural perseguidos por la Corona. Su primera consecuencia fue el descalabro humano de las poblaciones indígenas más importante que registra la historia. Las causas no se hallan tanto en las guerras y la represión como en las exigencias de suministrar alimentos y trabajo a los conquistadores, en la destrucción de la economía propia, sustituida por el sistema de importación implantado y, sobre todo, en las nuevas enfermedades introducidas por los europeos. Durante la época colonial la emigración española tuvo, sobre todo, una importancia cualitativa, pues sólo 750.000 españoles emigraron a América en ese período. Esta emigración se incrementó muchísimo después de la independencia de las colonias, y entre 1850 y 1939 salieron hacia América unos 3,5 millones de personas, partiendo de Galicia la mitad de ese contin-

gente. Un cantidad importante la constituyó la emigración canaria, cuyo éxodo fue anterior a los demás –ya entre 1720 y 1770 la Corona impulsó la emigración–, aunque el flujo relevante comenzó en 1830. A finales de esa década salió el 19% de la población isleña y veinte años después aún emigraba el 9%, mientras que en los compases finales del siglo la emigración volvió a acelerarse alcanzando una tasa del 18%. Otros flujos menores hacia el continente americano partieron del País Vasco, Cataluña y Andalucía.

Conviene señalar el norte de África, Europa y otras zonas del propio país como otros destinos importantes para la emigración española durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. La emigración hacia Argelia comenzó en 1830, a partir de la colonización francesa, y en 1890 habitaban allí unos 150.000 españoles. En Marruecos los españoles, sumando los residentes en Tánger, Ceuta y Melilla, eran 250.000 en 1950. El flujo hacia Europa comenzó a partir de la Primera Guerra Mundial, con Francia como principal destino. Entre 1900 y 1930 salieron, sólo de forma oficial, 144.000 personas hacia países europeos. El proceso se interrumpió bruscamente con la Guerra Civil española, cuando el gobierno vencedor restringió fuertemente la concesión de pasaportes. Sin embargo, en esa época hay que contabilizar el exilio producido por la guerra, que algunos autores estiman en 140.000 personas. Mucho más cuantiosas fueron las migraciones interiores producidas por la industrialización y la urbanización: se estima que en los primeros sesenta años del siglo el volumen total de migrantes interiores fue de diez millones de personas.

El período ‘desarrollista’ –década de los 60 y el primer lustro de los 70–, supuso un cambio histórico de proporciones desconocidas en la historia española. Como consecuencia, a mediados de los 70 la mayoría de la población vivía en ciudades, recibía un salario con derecho a prestaciones sociales y sanitarias complementarias, comenzaba a acceder a una educación pública gratuita, a vivienda y vehículo propios, y a una variada y creciente oferta de bienes de consumo. Aproximadamente cinco millones de españoles emigraron desde zonas rurales hacia los polos de desarrollo en el propio país y hacia la Europa industrializada, pues la emigración exterior continuó de forma destacada, aunque los flujos modificaron su dirección principal. Si hacia América salieron 826.000 emigrantes, a partir de 1956, sin embargo, cobraron auge las salidas hacia países europeos –especialmente Suiza, Alemania y Francia, adonde se trasladaron durante este período dos millones de españoles–. A esta

En los primeros sesenta años del siglo el volumen total de migrantes interiores fue de 10 millones de persona

corriente, más o menos estable, de emigrantes hacia Europa hay que sumar el flujo de trabajadores temporeros desplazados anualmente al campo francés.

El fenómeno migratorio en la actualidad

La fecha simbólica de 1973, año de la primera ‘crisis del petróleo’, marca el fin del modelo de crecimiento económico iniciado después de la Segunda Guerra Mundial. Durante este período se incrementa la importancia de las migraciones internacionales en correspondencia con la globalización de la producción, del comercio, las inversiones y de la oferta cultural. Las nuevas tendencias han creado una nueva organización territorial y nuevas condiciones que generan súbitas e importantes demandas de trabajo, cubiertas por los flujos migratorios.

Entre 1960 y 1975 emigraron casi 1 millón de españoles a América y 2 millones a Europa

Se produce una *disminución de las migraciones laborales a Europa Occidental, un incremento de la reunificación familiar y la formación de minorías étnicas*. La crisis de 1973 inaugura un período de restricciones a la inmigración, que no han significado, sin embargo, un freno a la entrada de inmigrantes, sino más bien un cambio en la composición de los nuevos flujos, en los que predominan los familiares de los ya instalados. En este tiempo se hace evidente que la inmigración no es un proceso coyuntural, pues los trabajadores no regresan a sus países de origen sino que se establecen con sus familias, constituyéndose en minorías étnicas, visibles como grupos sociales en el país de residencia. El peso de la población inmigrante es especialmente significativo en Luxemburgo, (31% de la población total), Suiza (18%), Bélgica, Austria, Alemania y Francia (donde ronda el 10%), y en Suecia y Holanda (entre el 6 y el 8%). En los países del sur de Europa (Italia, España, Portugal y, en menor medida, Grecia) prácticamente cesaron las salidas de inmigrantes y, desde los años 80, se hace notoria la llegada de inmigración extranjera que, en la actualidad, representa entre el 1% y el 3% de la población total de Italia, Portugal y España.

Por otro lado, se da una *continuación de los flujos hacia Norteamérica y Australia, pero con cambios de áreas de origen*. En los Estados Unidos se registra un crecimiento sostenido de entradas y continúa la tendencia al cambio en la composición de los flujos, reduciéndose el peso de los europeos y creciendo el de los latinoamericanos y asiáticos. Entre 1983 y 1993 han entrado al país 10 millones de residentes, de los cuales sólo un millón procede de países europeos (desde 1990 predominan entre éstos ex soviéticos y polacos). En Canadá también se ha producido un incremento de las

entradas —especialmente las provenientes de Asia, África y Latinoamérica—, paralelo a un descenso relativo de los europeos. El censo de 1991 indica que el 16% de la población es inmigrante. En Australia ha ocurrido lo mismo, al levantar las restricciones existentes para la entrada de no-blancos, y entre 1984 y 1994 entraron 1,1 millones de inmigrantes, de los que el 38% proceden de ocho países del sudeste asiático y de la India. Según el Censo de 1991 el 22% de la población es extranjera.

Además, se *desarrollan y diversifican los flujos laborales Sur-Sur*, entre los que destacan la emigración hacia el sudeste asiático, la región que ha experimentado el mayor crecimiento económico de la última década. Al unísono, algunos países petroleros del Oriente Medio se convierten en economías rentistas, en las que buena parte de los empleos son derivados hacia mano de obra extranjera (en 1990 el 63% de la mano de obra en la región de El Golfo era de origen extranjero). Además de los polos de atracción citados, en el África subsahariana y en América Latina se configuran nuevos países receptores. En el África subsahariana destacan Costa de Marfil (1,5 millones de inmigrantes, que suponen el 21% de la población total) y Suráfrica (1,8 millones, 6% del total); además de Ghana (140.000, el 6%), Togo (140.000, el 7%) y Senegal (120.000, un 2%). En América Latina, hasta los años 30 (finales de los 50 en Venezuela) la inmigración llegó masivamente desde Europa, pero a partir de entonces los flujos se hicieron intrarregionales. Los principales países receptores en la actualidad son Argentina (755.000 extranjeros procedentes de Chile, Uruguay, Bolivia y Paraguay) y Venezuela (870.000 colombianos).

También se constata la existencia de *movimientos masivos de refugiados y solicitantes de asilo*. Desde el punto de vista de los países desarrollados la explosión de este conflicto se produjo tras la guerra de Vietnam. La evolución del fenómeno ha sido vertiginosa: si en 1970 había en el mundo 2,5 millones de refugiados, pasaron a ser 8,2 millones en 1980, a 15 millones en 1990 y, en 1997, son más de 22 millones. Las zonas de destino de los refugiados son diversas, pero la inmensa mayoría permanece en países del Sur.

De menor importancia, pero también apreciable es la *incorporación de los países de la Europa del Este a los flujos migratorios internacionales*, aunque contrariamente a ciertas previsiones no se ha producido una ‘invasión’ desde los países del Este de Europa hacia los de la Unión Europea y Norteamérica. Sin embargo, la existencia de minorías étnicas continúa contribuyendo a esta emi-

Entre 1983 y 1993 entraron en EE UU 10 millones de inmigrantes

En 1970 había en el mundo 2,5 millones de refugiados, pasaron a ser 8 millones en 1980 y, en 1997, eran ya más de 22 millones

gración, cuya principal causa es el desplazamiento de esas minorías étnicas a consecuencia de los conflictos bélicos (Yugoslavia, Armenia, Georgia), así como por la movilidad de mano de obra que busca empleo en economías más desarrolladas.

Finalmente, se advierte un *incremento de los flujos de personal altamente cualificado*, sector donde es posible distinguir tres grupos diferenciados. El primero lo conforman los ‘profesionales transeúntes’, –ejecutivos y técnicos de las empresas transnacionales– cuyo número crece con la globalización. El segundo está constituido por la ‘fuga de cerebros’ del Sur, profesionales formados en los países periféricos que ocupan puestos de trabajo en los países centrales donde, sin costos de formación, cubren las carencias de mano de obra cualificada autóctona. Durante los años 90, varios países han desarrollado políticas para captar inmigrantes altamente cualificados, tanto en el Norte –Australia, Canadá, Reino Unido, Estados Unidos, Alemania...– como en el Sur –Singapur, Taiwan, Corea del Sur...–. El tercer grupo reúne a los expertos de organismos internacionales y de diversas ONGs que desarrollan tareas de cooperación y ayuda al desarrollo.

España país de inmigración

En las últimas dos décadas se produce un *freno de la emigración interna y exterior*. El crecimiento de la población en España no sólo se reduce notablemente, sino que su distribución es muy desigual entre las distintas regiones: en la década de los 90, la población creció de forma apreciable únicamente en Canarias, Baleares y Andalucía. A partir de 1975 también cambia el ciclo de las migraciones interiores, finalizando los flujos masivos y modificándose las trayectorias de origen y de destino. Los centros emisores son algunos de los antiguos polos de crecimiento, País Vasco, Cataluña, junto a zonas tradicionales de emigración (ambas Castillas, Galicia, Extremadura y Cantabria), mientras que los polos de atracción se localizan ahora en Baleares, Canarias, Andalucía, además de en Madrid y Valencia.

A partir de 1975 la emigración exterior comienza a disminuir significativamente; si en la década de los 60 se situaba en una media anual de 100.000 personas registradas, no alcanza a partir de este año las 25.000, para descender a 10.000 en 1991. Se aprecia, además, un notable retorno de emigrantes españoles. Entre 1981 y 1991 las bajas registradas en los consulados españoles sumaron alrededor de 240.000, pese a que el número de retornados es superior a esta cifra, que no incluye los retornos que escapan al control

administrativo. En definitiva, el período iniciado en 1975 marca simultáneamente tanto el fin de la gran onda emigratoria iniciada a finales del siglo XIX como el comienzo de la recepción de inmigrantes extranjeros.

En efecto, *la inmigración extranjera* en situación legal experimentó entre 1975 y 2000 un crecimiento notable, pasando de 165.000 hasta 938.783 personas. Esta tendencia no se repartió de forma homogénea durante esos veinticinco años, sino que su incremento fue progresivo. En términos relativos, los residentes en situación regular equivalen al 2,5% de la población española en 2000. Por tanto, la importancia numérica de la población extranjera en España es aún considerablemente menor que la que existe en el resto de los países europeos. No obstante, debido a su desigual distribución por el territorio, su presencia es significativa en algunas zonas.

Una característica específica de la inmigración extranjera en España es que sólo una parte de la misma proviene de países del Tercer Mundo; la mayor parte de los extranjeros, contrariamente a lo que ocurre en los países europeos de tradición migratoria, son originarios del Primer Mundo, y no siempre se trata de personas en edad laboral. Posiblemente en el futuro próximo los extranjeros procedentes del Sur sean mayoría, pero aún está lejos de superarse el lugar específico de España como país de desarrollo ‘intermedio’ –rico para el Sur, pobre para el Norte– y con unas condiciones climáticas que atraen un doble flujo migratorio: inmigración económica Sur-Norte e inmigración de rentistas y jubilados desde países ricos. En todo caso, a finales de los 90 existe un equilibrio entre los inmigrantes procedentes del Sur y los originarios de países del Norte, pues los extranjeros de los catorce países de la Unión Europea representan el 42,7% del total, a bastante distancia de los originarios de África (23,4%), América Latina (18,4%), Asia (7,7%) y, por último, extracomunitarios y norteamericanos.

La importancia de los vínculos históricos en la constitución de ‘cadenas migratorias’ ha sido destacada en muchas ocasiones. En este sentido, el pasado colonial de España no es ajeno a la actual inmigración, ya que dos de cada tres inmigrantes del Sur proceden de una antigua colonia española y constituyen un tercio del total de los residentes extranjeros. Entre estos residentes no comunitarios, el contingente marroquí es el más numeroso y muestra una tendencia al crecimiento, continua pero no espectacular hasta 1996, y sí más significativa en los últimos años. Los grupos latinoamericanos

La mayor parte de los extranjeros en España son originarios del Primer Mundo

más numerosos son ecuatorianos, colombianos, peruanos y dominicanos; el contingente argentino, decreció en los últimos años como consecuencia del acceso a la nacionalidad española de parte de los residentes, pero ha vuelto a incrementarse recientemente; a continuación se sitúan los cubanos y brasileños, ambos con tendencia a crecer. En cuanto a los grupos procedentes de Asia, destacan los chinos, y después filipinos e hindúes.

A pesar de su importancia cuantitativa, la población originaria de países de la Europa Occidental pasa en buena medida desapercibida para la población autóctona. El principal componente de este flujo son personas ya retiradas del mercado laboral, rentistas o jubilados, que han fijado su residencia en municipios de las zonas costeras españolas. La mayoría de esta población vive en urbanizaciones apartadas, se mantiene al margen del trato con sus vecinos y, en general, no tiene especial interés en participar en la vida local. Las formas de vida dominantes en estos *reductos* son, con frecuencia, típicas de los países de origen. Estos rasgos, característicos de comunidades étnicas cerradas no han merecido, sin embargo, la misma atención que otras concentraciones de inmigrantes provenientes de los países pobres.

El pasado colonial de España no es ajeno a la actual inmigración, ya que dos de cada tres inmigrantes proceden de una antigua colonia española

En el terreno de los movimientos migratorios, la gran novedad de estas dos últimas décadas en España es, efectivamente, la aparición de la inmigración laboral de origen extranjero, que, con frecuencia, ha llevado a afirmar que España ha dejado de ser un país de emigración para convertirse en receptora de inmigrantes. Desde el punto de vista de las *tendencias* en curso, dicha afirmación es correcta. Sin embargo, también con frecuencia se omite el hecho de que, si nos atenemos a los números actuales, los españoles residentes en otros países son más del doble que los extranjeros afincados en España (2,1 millones de emigrados frente a 0,9 millones de inmigrantes entre residentes y nacionalizados). Por otra parte, los flujos de entrada desde otros países están compuestos de forma mayoritaria por españoles retornados, antes que por extranjeros inmigrados. También conviene indicar que si la población española supone un 10,7% de la población total de la Unión Europea, los extranjeros residentes en nuestro país son sólo el 2,8% de los extranjeros que residen en la Unión. Además, a pesar de los cambios reseñados entre la población de origen extranjero, siguen destacando los originarios de los países ricos, lo que constituye un rasgo específico y diferencial con respecto a la composición de la inmigración en casi todos los países del entorno europeo.

La inmigración en Canarias y Lanzarote

Canarias es la comunidad autónoma de mayor crecimiento demográfico relativo (17,4%) en las últimas dos décadas. Este crecimiento es atribuible sin duda al aumento de la inmigración y, en menor medida, al mantenimiento de tasas de natalidad superiores a las de otras comunidades. Ahora bien, mientras durante la década de los 90 la natalidad se ha ido acompasando a las tasas españolas, la inmigración se ha incrementado. Tres son los flujos principales de esta inmigración: por un lado, los movimientos interiores de población hacia los polos de mayor desarrollo y prosperidad (dos tercios de los nuevos residentes proceden del propio Archipiélago). En segundo lugar, los que llegan de otras comunidades, que representan a una quinta parte del total de los migrantes. Finalmente, un flujo creciente de personas que proceden de otros países, que ya suponen alrededor de un 5% de la población residente en el Archipiélago. Entre los extranjeros es posible distinguir cuatro grandes grupos de inmigrantes: los jubilados de países prósperos, los ciudadanos que acompañan los procesos de internacionalización de la economía canaria, los emigrantes canarios que retornan –o sus descendientes– y, por último, los inmigrantes extracomunitarios que se desplazan a las Islas atraídos por el importante crecimiento económico³.

La inmigración procedente del extranjero en las Islas tiene que ser matizada: el 21% han nacido en el Archipiélago, es decir, se trata de población retornada, a la que hay que sumar los hijos de canarios nacidos en otros lugares, que también retornan. Los extranjeros instalados legalmente en Canarias suponen alrededor de un 5% de la población total (en Lanzarote rozan el 7%), un porcentaje que duplica la media española. Si ya explicábamos la peculiaridad de la situación española con respecto a Europa –el hecho de que la mitad de los migrantes provienen de países ricos–, en Canarias ese fenómeno es aún más acusado: el 60,7% de ellos vienen del continente europeo (en Lanzarote el 62%), un 19,8% provienen de América, un 10,6% de Asia y, sorprendentemente, tan sólo un 8,6% han llegado desde África (frente al 23,4% de la media española)⁴. En consecuencia, puede concluirse que la mayor presencia de extranjeros en Canarias con respecto a la media nacional se produce, sobre todo, por la afluencia de los rentistas y jubilados europeos, animados por las condiciones climáticas y los reclamos de la industria turística. También es obligado contemplar a los europeos jóvenes que por su dominio de los idiomas encuentran acomodo laboral en esa industria turística. La inmigración puramente económica no

A pesar de su importancia cuantitativa, la población originaria de la Europa Occidental pasa en buena medida desapercibida

3. Roberto Kuehn e Iñigo Asensio, "Extranjeros en Canarias, ¿extraños en un paraíso?", en la sección *Población Extranjera de la Encuesta de Población de Canarias de 1996*, Instituto Canario de Estadística.

4. "Datos de Población Extranjera por continente de nacionalidad" Instituto Canario de Estadística.

alcanza, por tanto, cifras superiores a las de la Península, y su principal flujo proviene de América del Sur, siendo los canarios que retornan una parte sustancial de dicho flujo; la inmigración desde África, todavía escasa, muestra una tendencia creciente.

Sin embargo, es la migración interior, la proveniente de la Península, la que confiere un matiz distinto al fenómeno migratorio actual en comparación con el resto de España. Entre los años 88-98, Canarias recibió 160.996 personas procedentes de otras comunidades, de las cuales 27.722 eligieron Lanzarote, destacando, como en el resto de las Islas, los provenientes de Andalucía (8.367), Galicia (6.199) y, en menor número, de Madrid (2.467). Conviene, no obstante, tener presente, también aquí, la importancia del proceso de retorno, ausente en muchas reflexiones, pues en esos mismos años 14.688 de estas personas abandonaron Lanzarote. De esta cifra sólo 991 habían nacido en la Isla, algunos de ellos, probablemente, hijos de inmigrantes peninsulares. Cuando no existe una frontera cerrada, los flujos caminan en las dos direcciones. Este retorno se concentra más, lógicamente, en los primeros años de la década de los 90, cuando la crisis insular hizo escasear el trabajo. En el conjunto del Archipiélago, el retorno de los inmigrantes peninsulares es igualmente significativo: en 1998, por ejemplo, llegaron a Canarias 53.990 personas procedentes de la Península mientras que retornaron 45.045.

*Los españoles
residentes en
otros países son
más del doble
que los
extranjeros
afincados aquí*

La tendencia actual indica que la migración en Canarias crece al ritmo que lo hace su industria turística. La radiografía que proporciona el *Anuario Social de España 2000* señala que Canarias es la comunidad con la segunda mayor tasa de inmigración interior del país (a bastante distancia de la primera, Baleares). Sin embargo, la situación dista mucho de parecerse a la que algunos describen con alarma: "Canarias invadida por los godos". En realidad, los datos del *Anuario* muestran una situación claramente opuesta: Canarias es una de las comunidades con menor cantidad de inmigrantes interiores del país. La media española indica que el 20.9% de los ciudadanos han nacido fuera de la comunidad autónoma en la que residen, sin embargo, tan sólo el 13% de los residentes en Canarias han nacido en otras comunidades. Es decir, el índice de *autoctonía* es notablemente superior al de la media nacional.

En Lanzarote la presencia de residentes provenientes de la Península es mayor, el 18%, un porcentaje que, para sorpresa de muchos, no llega a alcanzar tampoco la media nacional, y notablemente inferior al de las comunidades con mayor presencia de inmi-

grantes interiores: Madrid (40,2%), Baleares (33,3%), Cataluña (31,3%) o el País Vasco (27,5). El componente más importante de la inmigración lo integran los canarios venidos de las otras Islas, aproximadamente el 25% de la población. Así que la población residente, diferenciada por su lugar de nacimiento, podría dividirse en cuatro grupos: un 50% nacidos en Lanzarote, un 25% procedente de otras islas del Archipiélago, un 18% proveniente de la Península y un 7% de residentes extranjeros.

Sin embargo, se escucha con frecuencia que lo inaudito del fenómeno lanzaroteño no son tanto las cifras como el vertiginoso ritmo de crecimiento demográfico. Los últimos datos oficiales indican que en los últimos veinte años (1978-98) Lanzarote pasó de 50.000 habitantes a 84.849, un aumento del 70%. ¿Cuál fue el ritmo de crecimiento en esos territorios que muestran hoy una mayor presencia de inmigrantes en el momento de su *boom* económico? Entre los años 1950 y 1970 el crecimiento demográfico en la provincia de Barcelona fue del 76%, en Vizcaya del 90% y en Madrid del 100%; Baleares creció un 55% entre 1960 y 1980, pero su crecimiento se ha mantenido. ¿Puede compararse, no obstante, una isla como Lanzarote con territorios como los señalados? Entre quienes escribimos, unos piensan que no, que las diferencias son excesivas para establecer un paralelismo; y otros piensan que sí, que a pesar de esas diferencias la comparación resulta suficientemente ilustrativa. En cualquier caso, no es ésta, desde luego, la vía que hubiéramos propuesto. Aunque sabemos que hasta ahora la salida del subdesarrollo siempre se ha producido así, de golpe, en una generación; pensamos que hoy es posible imaginar otra forma de desarrollo económico y otro ritmo que permitan dejar atrás la pobreza. Una forma que además de la riqueza generada contemple la manera en que se reparte, las necesidades de las generaciones futuras y la conservación del territorio.

Ahora bien, casi todos los datos manejados en este apartado llegan hasta el año 98. Podría objetarse que la falta de los datos más recientes nos impide apreciar una tendencia inmigratoria muy creciente. Esa es la creencia generalizada en Lanzarote. No disponemos de los datos actualizados para el conjunto del Archipiélago, pero sí para nuestra Isla, una de las que muestran mayores índices de crecimiento de población. En los últimos cuatro años, de 1997 al 2000, la población de derecho ha pasado de 85.660 a 105.000, 20.000 nuevos habitantes que suponen un incremento del 22%. Si bien no consideramos que la cifra total suponga una densidad

La mayor presencia de extranjeros en Canarias se debe a la afluencia de rentistas y jubilados europeos

Canarias es una de las comunidades con menor cantidad de inmigrantes interiores del país

demográfica preocupante en Lanzarote, no puede negarse que la tendencia sí señalaría un conflicto preocupante de cara a un futuro próximo.

Sin embargo, la demografía no nos permite extraer conclusiones definitivas de indicadores coyunturales. La explosión de construcciones turísticas que ha provocado ese aumento de la población en los últimos cuatro años tiene su claro precedente hace exactamente una década, cuando se produjo el mismo fenómeno. Entre 1987 y 1990 la población de la Isla creció porcentualmente aún más: el 24%. No obstante, una vez concluido el *boom* turístico la situación cambió radicalmente y, tomando otra vez un período de cuatro años, de 1990 a 1993 la población pasó de 74.007 a 72.755, es decir, disminuyó. La historia reciente nos revela la imposibilidad de proyectar hacia el futuro una tendencia coyuntural provocada por el momento económico presente, aunque también nos descubre la consolidación de los crecimientos producidos. El ritmo de construcción actual en la Isla es insostenible incluso para el mercado –como lo fue hace diez años–, si a ello le añadimos el aumento de la presión social para detener ese crecimiento, parece lógico pensar que la actual tendencia de fuerte aumento demográfico no tiene visos de prolongarse mucho en el tiempo.

No sólo emigran los pobres

Como resultado de una sociedad unidimensional, obsesionada con los resultados económicos, tanto colectiva como individualmente, tendemos a reducir las razones que impulsan a emigrar a una razón exclusivamente económica. La pobreza es, evidentemente, una de las causas fundamentales de la emigración, pero no la única y, en ocasiones, no la más importante. Un inmigrante no es exclusivamente un trabajador en busca de empleo; es también un ser humano construyendo su propio proyecto de vida. Por ello, un demógrafo puede decir: “Me sonroja escribirlo, pero aún parece necesario: no emigran los más pobres de un país, ni los menos instruidos. Dejando aparte cuando el elevado nivel de instrucción o la categoría socioprofesional son la razón de la inmigración, existe una selección positiva del emigrante, tratándose por lo general de personas con buenas condiciones de salud, con un capital inicial para afrontar la migración y actitud emprendedora”⁵.

Es la acción concertada de varios factores lo que dibuja un escenario de un potencial migratorio internacional sin precedentes. Mientras la brecha entre los países ricos y pobres siga ensanchándose, los medios de comunicación y transporte extendiéndose y la

5. Andreu Domingo, “Inmigración y demografía. El desmentido: la ardua tarea del demógrafo”, en *Informe Anual sobre el Racismo en el Estado Español*, SOS Racismo, 2000.

cultura del consumo y el éxito difundiéndose, ningún control sobre fronteras podrá impedir las migraciones. Porque son muchos millones de individuos en el Sur los que sienten que no pueden seguir confiando por más tiempo en que los esfuerzos colectivos reduzcan el retraso del desarrollo en su país, y optan por mejorar sus oportunidades de vida emigrando a los países del Norte.

Puede decirse, por tanto que, en muchas ocasiones, las causas de la migración proceden menos de la situación de los países de salida que de las condiciones de vida del país receptor o, para decirlo más exactamente, de la imagen que los propios países receptores han contribuido a crear: un mercado de trabajo atractivo que reclama inmigrantes, prestaciones sociales y familiares percibidas como Estado-providencia, una rica ciudadanía social y un clima de libertad política y cultural. Han sido varios siglos proclamando la superioridad de los valores y de la sociedad de Occidente. Pues bien, ese mito y esa realidad se han convertido en un potente polo de atracción para gentes de todo el planeta.

Explosión demográfica, urbanización y crisis ecológica

Estamos asistiendo a una transformación profunda de la base material en la que se asientan las sociedades humanas. “El tercer cuarto de este siglo ha marcado el fin de un período de siete u ocho milenios de historia humana iniciado en la edad de piedra con la invención de agricultura, cuando menos porque ha llegado a su fin la larga era en la cual la grandísima mayoría del género humano ha vivido cultivando los campos y criando animales”⁶. Tanto es así que “el porcentaje de agricultores en los Estados Unidos es en la actualidad de sólo el 2% de la población activa. Por contra, la población urbana se ha multiplicado por diez en el curso de nuestro siglo, pasando de 224 millones en 1900 a 2.500 millones en 1995. Tales desplazamientos de inmensas masas humanas, con frecuencia carentes de hábitos y culturas urbanas, y obligadas generalmente a vivir en los márgenes de la ciudad en condiciones desesperadas, en *slums*, *bisonvilles* o *favelas*, nos propone cuestiones inéditas que se tiene dificultad hasta para focalizar debido a su novedad y a su evolución dinámica”⁷.

Pero no ha sido sólo una cuestión de desplazamientos, hemos asistido a una auténtica ‘explosión demográfica’. La población humana tardó muchos miles de años en llegar a los primeros mil millones, sólo cien años en llegar a los dos mil, treinta años para alcanzar los tres mil, quince para alcanzar los cuatro mil, diez años para llegar a los cinco mil. Ahora, que ya somos seis mil millones de

La cantidad de residentes provenientes de otras comunidades en Lanzarote no llega a alcanzar la media nacional

6. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1998.

7. Remo Bodei, “Los sin patria”, revista *Teoría Política*, nº 1, XV72, 1999.

personas, sabemos que la razón básica del reciente crecimiento exponencial de la población no ha sido un incremento de la tasa de natalidad a nivel mundial, sino el acentuado declive de la mortalidad que se ha producido durante el siglo XX, especialmente en su segunda mitad.

Se ha discutido mucho sobre la ‘capacidad de carga’ del planeta con respecto a la población humana. Ecologistas de prestigio como Barry Commoner defienden que no existe dificultad alguna para que unos ocho mil millones de personas puedan disfrutar de una vida digna⁸. En cualquier caso, lo que sí es cierto es que hablar de sobrepoblación, sin más consideraciones, es engañoso. Basta para darse cuenta de ello con pensar comparativamente en el número de habitantes por kilómetro cuadrado en los siguientes países: Gran Bretaña (229), India (209), Países Bajos (385), Brasil (15), Bolivia (5), Francia (95), China (102). Este concepto de sobrepoblación ha sido utilizado con profusión en Lanzarote en los últimos tiempos, pero la realidad desmiente la propaganda: Lanzarote tiene una población residente de 100.000 personas que, dividida por los 845 km² de superficie de la Isla, indica una densidad de 118 habitantes por kilómetro cuadrado. No deberíamos añadir a los turistas si no lo hacemos en las otras cifras de la comparación; pero si sumamos los 50.000 turistas que se encuentran aquí habitualmente, la densidad se elevaría a 177, aún lejos de la británica (229), por poner el ejemplo del país del que más turistas llegan a Lanzarote. La situación es muy diferente en Gran Canaria, cuya densidad alcanza los 459 habitantes por kilómetro cuadrado, lejos de la de Madrid (590), por ejemplo, aunque con el añadido de la insularidad.

El componente más importante de la inmigración en Lanzarote lo componen los canarios venidos de las otras Islas

No obstante, el ritmo de crecimiento de la población humana sobre el planeta se configura como uno de los grandes problemas del nuevo siglo. Y, además, en la actualidad, el 95% del crecimiento de la población mundial está teniendo lugar en los países no desarrollados. Las estimaciones de la ONU arrojan una cifra cercana a los 9.000 millones de personas para el año 2050. Un crecimiento como éste de la población a nivel planetario es un hecho relevante desde el punto de vista de los límites y la sostenibilidad del desarrollo. Puede anticiparse que los movimientos de población conocerán un crecimiento exponencial también como consecuencia de la crisis ambiental. Según el informe de Naciones Unidas sobre el *Estado de la población mundial*, la cuarta parte de la población del planeta vivirá pronto en países sometidos a serias restricciones en el uso de agua. A mediados de los 90 eran ya más de 10 millones los

8. Barry Commoner, *En paz con el planeta*, Crítica, Barcelona, 1992.

‘refugiados ambientales’ y se estima que serán 150 millones en el 2050, una cifra superior a la del total de migrantes actuales.

La ‘invasión’ de Occidente

La alarma ante la invasión de Occidente por los emigrantes de los países pobres es una construcción demagógica que no se ajusta a la realidad. No es cierto, como algunos creen, que Europa, o los países desarrollados, sean quienes están sufriendo mayor presión migratoria. Datos del Banco Mundial indican que en 1992 había unos 100 millones de migrantes en el mundo, cifra que incluía tanto los migrantes económicos como los refugiados políticos, que entonces se estimaban en unos 17 millones de personas. Entre los migrantes económicos, unos 35 millones estaban acogidos por países del África subsahariana, 15 millones por países de Asia y Oriente Medio, otros 15 millones por América del Norte y 15 millones más por Europa. Y respecto a los refugiados políticos, el 87% estaban acogidos por países subdesarrollados. Como vemos, sólo los países del África subsahariana –la región más pobre del planeta– recibían más migrantes que Europa y Norteamérica juntos. Los emigrantes y refugiados de países del Tercer Mundo se desplazan preferentemente a los países vecinos, y seguirán haciéndolo así aun cuando los países ricos (y concretamente los europeos) decidan abrir más sus fronteras.

Estos son los datos. Sin embargo, en ocasiones se falsean para justificar el habitual tratamiento policial con que la mayoría de los gobiernos europeos afrontan el fenómeno inmigratorio. En España, “es fácil reconocer, en el tratamiento que recibe la llegada de inmigrantes, el interés del Gobierno y sus aliados en justificar la modificación de la todavía vigente Ley de Extranjería, en nombre de la urgencia de protegernos de lo que se escenifica como una avalancha masiva de menesterosos indeseables. Los datos son aquí contundentes: tendrían que llegar muchos miles de inmigrantes más para que pasáramos de nuestro discreto 2,5% de extranjeros al 7% de la media europea, por no hablar del 10% que se registra en Francia, Alemania o Bélgica”⁹.

Además, conviene insistir en que de ese 2,5% de extranjeros sobre el total de la población española, alrededor de la mitad son inmigrantes provenientes de países europeos. Porcentaje que debe incrementarse en el caso de Canarias, donde tampoco puede hablarse, como se está haciendo, de ‘invasión’ de inmigrantes extranjeros. La mayor parte de la inmigración en Canarias en los últimos años proviene de la Península. A pesar de lo cual, la sensación de

En 20 años (78-98) la población de Lanzarote aumentó un 70%; entre 1950 y 1970 el crecimiento en la provincia de Barcelona fue del 76%, en Vizcaya del 90% y en Madrid del 100%.

9. Manuel Delgado, “La producción legal de ilegales”, *El País*, 16 de octubre de 2000.

*Sólo los países
del África
subsahariana
reciben más
migrantes que
Europa y
Norteamérica
juntas*

agobio inducida por los medios, las instituciones y los aficionados a la ‘producción de odio’ ha tenido lugar con la llegada de los escasos inmigrantes del Tercer Mundo, entre los que se ha dado especial relevancia a los poquísimos que llegan en pateras desde la costa africana. Quizá esa relevancia tenga que ver con la ‘visibilidad’ de negros y magrebíes.

La invasión no es tal, y el endurecimiento de los controles fronterizos que se persigue ya se ha demostrado completamente inútil ante los movimientos de población en el mundo. El costosísimo incremento de los controles policiales en Ceuta, Melilla y el Estrecho ha provocado, simplemente, un desvío de los flujos de pateras hacia Canarias, que ha hecho muchísimo más arriesgada la travesía. Conviene también recordar que, por ejemplo, antes del 15 de mayo de 1991 la frontera con Marruecos estaba *bastante abierta* y no se producía ninguna invasión: los marroquíes se trasladaban a la Península a hacer trabajos de temporada y se volvían a su país, para retornar de nuevo en otra temporada. Al establecer en esa fecha la obligatoriedad del visado –lo que suponía una forma de cierre de la frontera a la inmigración–, se inició el proceso por el que quienes entraban ya no volvían a su país, por miedo a no poder volver de nuevo a España, y quienes querían entrar lo hacían jugándose la vida –y perdiéndola en muchos casos– en el Estrecho. Si la frontera fuera más permeable, si resultase más fácil el acceso legal para residir en España –o en Europa–, el flujo migratorio sería mayor, pero tanto en las entradas como en las salidas. Los inmigrantes siempre fueron donde había trabajo para ellos, y nunca donde no lo había. Es Europa, con sus miedos y prejuicios, la que está construyendo en los últimos años una situación anormal, un muro que ni deja entrar ni deja salir.